

LEYENDA DEL MUÑECO DE ANICA LA DEL SORDO.

Magdalena Valenzuela Guzmán.

En las largas noches invernales, a la luz de un candil, nuestros antepasados, que creían a pies juntillas en los espíritus, narraban historias de aparecidos. Seres fantásticos que no podían abandonar definitivamente el mundo de los vivos, en tanto no se cumplieran unas condiciones, generalmente relacionadas con promesas que el difunto no pudo cumplir en vida y que hasta que no se vieran debidamente satisfechas, le impedían alcanzar definitivamente la vida eterna.

Esta leyenda, a medio camino entre las de aparecidos y las de duendes, es la historia de Anica una niña de Solera, de unos siete años de edad, que residía junto a sus padres en una casa del pueblo.

Su vida transcurría como la de cualquier niña de su edad entre juegos con sus amigos y la vida familiar.

Era alegre, cariñosa y extrovertida, gustaba de tener amigos y salir con ellos a jugar a las calles del pueblo.

Cuenta la leyenda, que el año en que Anica se estaba preparando para recibir su primera comunión, sin razón aparente, su carácter cambió. Se volvió tímida, huraña y retraída. Abandonó a sus compañeros de juegos y se recluyó en su domicilio sin querer saber de nadie.

Sus amigos, durante un tiempo, intentaron sacarla de su mutismo e iban a buscarla para que saliera a jugar. Pero fue inútil, la niña se negaba una y otra vez a relacionarse con los que habían sido sus compañeros de juegos.

Estos, cansados de insistir, optaron por desentenderse de ella y continuar con su vida.

Los padres, como es natural, también fueron conscientes del cambio que se había producido en su hija, pero lo atribuyeron a las “cosas de la edad”, la niña está en “la edad del pavo”, ya se le pasará, y así, sin darle demasiada importancia, dejaron transcurrir el tiempo.

Pasaron los días y los meses sin que la situación cambiara.

La madre, preocupada, comenzó a vigilarla y observaba que cuando la niña estaba sola en su habitación, parecía estar jugando con alguien que ella no podía ver, pero curiosamente eran juegos silenciosos, en los que jamás se utilizaba la palabra.

Le preguntaron sobre lo que le estaba ocurriendo, pero Anica persistía en su mutismo. Decía que no le ocurría nada. Sin embargo, cada día se revelaba más triste y mustia que el anterior.

Un día la madre, dispuesta a terminar para siempre con la conducta extraña de su hija, se sentó para hablar con ella y tras mucho rato indagando la niña le declaró:

- “Mamá veo un muñeco muy bonito, que viene a jugar conmigo todos los días”.
Describémelo, dijo su madre.

-Es pequeño, se mueve muy rápido y va vestido de verde.

- Habla con él, le sugirió su madre. A lo que la niña respondió asustada:

-“No mamá que si le hablo se vuelve feo y se enfada mucho.”

Aún así, insistió en la necesidad de que Anica le dirigiera la palabra, y para vencer su miedo le hizo la promesa de acompañarla.

Después de armarse de valor y acompañada de su familia, la niña se atrevió a dialogar con el “muñeco”.

Le hizo unas preguntas:

-¿Quién eres?
-¿Qué quieres?

Cuenta la leyenda que en aquel mismo momento empezaron a caer al suelo los objetos de la habitación, como si se hubiese desatado un huracán, amedrentando a todos los presentes. A lo que la niña tremendamente asustada repetía:

- Ya os lo dije, ya os lo dije, que no se le podía hablar porque se ponía feo y se enfadaba.

Ante esta situación, abandonaron la habitación e hicieron lo que era normal en aquellos años. Hablar con el cura del pueblo.

El sacerdote, acompañado de Anica, se enfrentó al “muñeco” y se repitió la historia, .Se le volvieron a hacer las preguntas y aunque su furia se manifestó de igual forma que antes, persistieron hasta que se calmó el vendaval.

En aquel momento la niña dijo haber escuchado que le decía:

“Anica, cuando me llegó la hora de abandonar esta vida, había prometido ofrecer, para la salvación de mi alma, dos misas en la iglesia de Cabra del Santo Cristo. Promesa que no pude cumplir. Por tanto te ruego que lo cumplas tú en mi nombre y así podré descansar en paz.”

La familia, dada la proximidad de Solera con Cabra, deciden cumplir sus deseos inmediatamente y cuentan que una vez concluidas las misas, volvieron andando hasta Solera y al pasar por un paraje conocido como Las Cañerías, se les apareció a todos los presentes una especie de duende vestido de verde y de tamaño muy pequeño que dirigiéndose a la niña le dijo:

“Adiós Anica, ya no te molestaré más, nos veremos en la eternidad.”

Desde entonces según cuenta la leyenda la niña recuperó la alegría de vivir, retomó el trato con sus amigos y llevó una vida completamente normal, sin que nunca más volviera a aparecer este “muñeco” en su vida.